
Las limitaciones y las posibilidades de la acción sindical

PERRY ANDERSON

De los sindicatos británicos generalmente conocemos una cosa: constituyen la cuna del reformismo. De ahí la virtud de este trabajo al analizar la función del sindicato en la sociedad capitalista, al señalar la tendencia del sistema a integrar la organización sindical en su estructura y plantear sus posibilidades de acción revolucionaria.

Aunque referido específicamente a Inglaterra, el trabajo conserva interés para otras situaciones del mundo capitalista desarrollado.

¿Cuál es el papel de los sindicatos en un movimiento socialista? ¿Cuál es su potencial de acción revolucionaria? ¿Cuáles deben ser las relaciones entre las clases, los sindicatos y el partido político? Estos problemas han constituido tradicionalmente el centro de la teoría socialista. Hoy está latente en Gran Bretaña, por el gobierno laborista, el asaltar sistemáticamente a los sindicatos, los ha relegado aparentemente al cam-

po de la especulación. Es evidente que ahora el deber de todo socialista es defender inequívoca y resueltamente el simple derecho de los sindicatos a existir en calidad de meras instituciones autónomas. Esto no significa que sean indefinidamente postpuestas por los socialistas la discusión fundamental de las relaciones a largo plazo entre el sindicalismo y el socialismo. Al contrario, la izquierda no tendrá grandes posibilidades de resistir la actual tendencia a acabar con el sindicalismo británico a menos que tenga una visión clara y conciente del lugar específico de los sindicatos en un movimiento socialista.

LIMITACIONES Y CRITICAS

Toda teoría socialista que haya adquirido madurez después de Lenin, ha empezado por enfatizar las *limitacio-*

nes insuperables de la acción sindical en una sociedad capitalista. Este énfasis surgió en la lucha contra las diversas formas del sindicalismo y la espontaneidad endémicas en el movimiento de la clase obrera europea en los primeros años de este siglo. La creencia de que los sindicatos eran los instrumentos escogidos para lograr el socialismo fue el credo principal del sindicalismo: la idea revolucionaria de confiar exclusivamente en los sindicatos. Para esta tradición de Leon, Sorel, Mann —la huelga general era un arma que aboliría la sociedad capitalista. La versión reformista era simplemente la creencia de que las demandas salariales de los sindicatos podrían conducir en definitiva a la transformación de las condiciones de la clase obrera, sin cambio alguno en la estructura social del poder. Estas dos corrientes fueron rechazadas por la tradición central del socialismo europeo. Marx, Lenin y Gramsci enfatizaron por igual que los sindicatos no podían ser de por sí vehículos de avance hacia el socialismo. El sindicalismo, en cualquiera de sus formas, era una variante incompleta y deformada de la conciencia de clase, que a toda costa tenía que ser superada por un crecimiento de la conciencia *política*, creada y sostenida en un *partido*. Luego, antes de discutir la función presente y la posibilidad real de la acción sindical, vale la pena resumir las críticas fun-

damentales a las limitaciones de los sindicatos. Pueden expresarse en varios niveles diferentes. Todas ellas están relacionadas con lo que puede llamarse el estatuto sociológico fundamental de los sindicatos en una sociedad capitalista. Son limitaciones estructurales, inherentes a la naturaleza de los sindicatos como tales.

1) Los sindicatos son una parte esencial de una sociedad capitalista porque encarnan la *diferencia* entre capital y trabajo, que define a la sociedad. Como escribió Gramsci una vez, los sindicatos son «... un tipo de organización proletaria específica del período en que el capital domina la historia... una parte integrante de la sociedad capitalista, cuya función es inherente al régimen de la propiedad privada».¹

En este sentido, los sindicatos son, dialécticamente, tanto opuestos al capitalismo, como componentes del mismo. Porque a la vez que se oponen, mediante sus demandas salariales, a la distribución desigual de la renta dentro de la sociedad, ratifican una distribución desigual con su propia existencia, que implica la existencia de la administración como su contrapartida complementaria. De ahí proviene la fuerza y perdurabilidad de la noción de las «dos vertientes de la industria» como marco inmutable de la acción sindical. La facilidad con

¹ *L'Ordine Nuovo*, (Turín, 1919-20).

que esta ideología del status quo se ha rodeado de una atmósfera de normalidad se deriva del hecho de que los sindicatos como tales no poseen perspectivas socialistas intrínsecas. Marx concibió el socialismo como la supresión de la sociedad de clases por el proletariado, quien, al hacerlo, se suprime a sí mismo. El sindicato carece de la visión de una futura auto-supresión. Como instituciones, los sindicatos no desafían la existencia de una sociedad basada en la división de clases; se limitan a *expresarla*. De este modo los sindicatos no pueden ser jamás en sí mismos vehículos conductores del avance hacia el socialismo; por su propia naturaleza están atados al capitalismo. Pueden negociar más o menos favorablemente dentro de la sociedad, pero no pueden transformarla.

2) Los sindicatos son esencialmente una representación *defacto* de la clase obrera en sus centros de trabajo. Formalmente, son asociaciones voluntarias, pero en la práctica real tienen mucho más de reflejos institucionales del medio ambiente en que se desenvuelven. La formación de sindicatos en establecimientos, movimiento frecuentemente apoyado en la actualidad por los propios patronos, no ha hecho más que oficializar lo que de todos modos constituía una tendencia espontánea del sindicalismo. Cuando la organización sindical no se po-

ne a tono con los contornos naturales de la industria moderna, ello no se debe a una decisión voluntaria de superarlos por alguna razón estratégica, sino que es la consecuencia de la petrificación de un antiguo patrón «natural» que ha subsistido en una nueva era industrial como un sedimento geológico; tal es la fuerza de la inercia dentro de la organización sindical. La industria británica está repleta actualmente de anacronismos de este tipo, con sus miríadas de sindicatos de pequeñas empresas y sindicatos generales de carácter híbrido. Son indicaciones, no de esa orientación intencional hacia el futuro que es el distintivo de un movimiento revolucionario, sino de la dominación inerte del pasado sobre el presente. Por consiguiente, los sindicatos asumen el clamor *natural* del medio ambiente cerrado, dominado por el capital de la propia fábrica. Son un reflejo pasivo de la organización de la fuerza de trabajo. En cambio, un partido político es una *ruptura* con el medio ambiente natural de la sociedad civil, una colectividad *contractual* voluntarista, que reestructura los contornos sociales: el sindicato se adhiere a él en una relación recíproca. Un partido revolucionario, como recalcan constantemente Lenin y Gramsci, no se limita a abarcar a la clase obrera; incluye a los elementos intelectuales y de la clase media, que no están ligados en modo alguno al movimiento so-

cialista por vínculos inevitables. Su lealtad se crea, *contra la corriente de la estructura social*, mediante el trabajo del propio partido revolucionario. De este modo, sólo el partido político puede encarnar una verdadera negación de la sociedad existente y un proyecto de derribarla. El, por sí solo, es negatividad en la historia².

3) La adhesión inerte del sindicato al plan del sistema social tiene una consecuencia práctica decisiva. Su arma principal contra el sistema es una simple *ausencia*: la huelga, que es una *retirada* del trabajo. La eficacia de esta forma de acción es, por naturaleza muy limitada. Puede obtener aumentos de salarios, algunas mejoras en las condiciones del trabajo y, en muy pocos casos, algunos derechos constitucionales. Pero nunca puede derrocar un régimen social. Como arma política, las huelgas son casi siempre profundamente ineficaces. Ninguna huelga ha tenido éxito jamás. El motivo es que el socialismo requiere una conquista del poder, que es una *fuerza de acción*, una *sobreparticipación* agresiva en el sistema para acabar con él y crear un nuevo orden social. La huelga general es una abstención, no un asalto al capitalismo. En algunos casos, realmente ha desmovilizado a la clase obrera en medio de una crisis política, cuando lo que hacía falta era unirla rápidamente contra una amenaza conservadora: por

ejemplo, toda paralización del transporte público en una gran ciudad hace imposible la rapidez en las manifestaciones de masas en tanto que no afecta la movilidad de acción represiva de los militares.³ En otras palabras, puede ser contraproducente. La huelga es fundamentalmente un arma económica, que fácilmente se vuelve contra el que la esgrime si se la utiliza en un medio para el cual no está destinada. Puesto que la naturaleza de la economía como sistema es, en definitiva, una cuestión política, las huelgas tienen solamente una eficacia relativa, no absoluta, en la propia lucha económica. Esta es otra referencia al hecho que los sindicatos no pueden oponerse a la existencia del capitalismo como sistema social.

4) Los sindicatos por sí mismos sólo producen una conciencia sectorial gremial. La aseveración de Lenin sobre esta limitación en *¿Qué hacer?* es tan elocuente que desde que él la formuló nadie lo ha discutido con seriedad. El carácter gremial de la conciencia sin-

² Para una discusión de los conceptos de «positividad» y «negatividad proletarias», véase de Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis» en *Towards Socialism*. (Londres, 1965).

³ Un clásico ejemplo de esto es la huelga general organizada en Río de Janeiro en 1964, en oposición al golpe militar que derrocó al régimen de Goulart. Simplemente se impidió que los obreros que vivían en los distritos suburbanos se trasladaran a la ciudad para movilizarse contra el golpe.

dical no proviene de la naturaleza de la acción sindical ni de su propósito, «mejores condiciones para la venta de la fuerza de trabajo», ni de «la abolición del sistema social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos».⁴ Ello tiene una base político-cultural. Los sindicatos representan solamente a la clase obrera. Un movimiento revolucionario —un partido— requiere algo más que esto: tiene que incluir a los intelectuales y pequeño-burgueses, que son los únicos que pueden proporcionar la *teoría esencial* del socialismo.

«La historia de todos los países pone de manifiesto que la clase obrera, exclusivamente por su propio esfuerzo, puede desarrollar solamente conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario unirse en sindicatos, combatir a los patronos y esforzarse por obligar al gobierno a aprobar las leyes laborales necesarias, etc. Pero la teoría del socialismo se originó en las teorías filosóficas, históricas y económicas que fueron elaboradas por representantes cultos de las clases proletarias, por intelectuales. Por su situación social, los fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.»⁵

La cultura en una sociedad capitalista es, en este sentido, una prerrogativa de las capas privilegiadas: solamente si algunos miembros de estas capas abrazan la causa de la clase

obrero puede nacer un movimiento revolucionario. Porque sin una teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Los sindicatos representan una base sociológica demasiado limitada para un movimiento socialista. Por sí mismos, producen inevitablemente una conciencia gremial.⁶ La *introversión*, que es tan notable actualmente en el movimiento sindical británico, es el signo natural de esta conciencia. Es la antítesis de la perspectiva universal que define a la conciencia socialista. «La conciencia de la clase obrera no puede ser una genuina conciencia política a menos que los trabajadores estén preparados para responder a todos los casos de tiranía, opresión, violencia y abuso, sea cual fuere la *clase* afectada... La conciencia de las masas trabajadoras no puede ser una genuina conciencia de *clase*, a menos que los obreros aprendan de los hechos políticos y concretos, y sobre todo locales, a observar a todas las demás clases en todas las manifestaciones de su vida intelectual, ética y política... Aquéllos que hacen que la clase obrera sólo concentre su atención, observación y conciencia exclusiva o principalmente en sí misma, no

⁴ ¿Qué hacer? de V. I. Lenin.

⁵ Ibid.

⁶ Para una discusión de los términos «de corporación» y «hegemónico», véase op. cit., de Perry Anderson.

son socialdemócratas; porque el conocimiento que de sí misma tenga la clase obrera no ha de estar unido solamente a una comprensión teórica completamente clara —o más bien, debe estar unido a una comprensión no tanto teórica como práctica— de las relaciones que hay entre *todas* las diversas clases de la sociedad moderna, comprensión adquirida mediante la experiencia de la vida política⁷. Es muy evidente que el mundo sindical no ofrece esto.

5) El potencial de poder que tienen los sindicatos es sólo sectorial, no universal. En una sociedad capitalista no hay paridad de poder entre la «administración» y el «trabajo», porque el trabajo es un elemento no transformable que sólo puede ser retirado (o, a lo sumo, utilizado para la ocupación de fábricas, por ejemplo), en tanto que el capital es *dinero* —un medio de poder universalmente transformable que se puede «hacer efectivo» en muchas formas diferentes. Así, el capital puede emplearse para el control de medios de información, recursos para los paros, sostén para una campaña de propaganda, financiamiento de la educación privada, fondos para un partido político, presupuestos para armas, en una crisis social (en la década del treinta abundaron en los Estados Unidos los «comités de estaca»), etc.⁸ Los propios sindicatos acumulan, por supuesto, cierta cantidad de

capital; si no lo hicieran así no podrían llevar a cabo las huelgas. También pueden ofrecer alguna ayuda financiera a los partidos políticos, como lo hacen con el Partido laborista en Inglaterra. Pero esto es algo secundario, que no se puede comparar con los recursos de que dispone la clase poseedora. La única justificación *básica* de los sindicatos es el control que ejercen sobre la fuerza de trabajo, y ese control es un arma extraordinariamente rígida y limitada. Lo cierto es que un partido político marxista puede considerarse precisamente como un intento de crear, por contraste, un potencial *polivalente* de acción revolucionaria, que puede cristalizarse rápida y alternativamente en muchos campos distintos: elecciones, manifestaciones, boicots, agitación, educación política, insurrecciones, etc. Un partido político, por su propia naturaleza, es flexible y versátil, mientras que un sindicato está maniatado e inmóvil.

Esto se comprueba en cualquier examen que tengamos de la experiencia histórica de la acción sindical que rebasa los límites de la negociación salarial. Resulta curioso que un movi-

⁷ ¿Qué hacer? de V. I. Lenin.

⁸ Para una valiente narración de la lucha contra los «comités de estaca» y la guerra industrial desatados por los patronos, véase el volumen único, *Strike Strategy*, de John Steuben, el mejor manual que se haya escrito para el huelguista.

miento sindical, tiende a tropezar con las mismas *limitaciones estructurales* en su acción, ya sea que adopte una postura «revolucionaria» o «reformista». Estas limitaciones han condenado a un mismo fracaso a las tentativas inspiradas en los propósitos más diversos.

Control por intrusión. Esta estrategia consiste en avanzar poco a poco en el interior de la fábrica, dando pasos que arranquen sucesivamente prerrogativas locales a la administración —en lo referido a contrataciones y despidos, distribución de bonos, ritmo del trabajo, repartición de las cargas, etc. Esta, que es tradicionalmente la más práctica de las estrategias «políticas» en los sindicatos, fue intentada por el socialismo gremial, un movimiento reformista que hubo en Inglaterra durante la primera guerra mundial y poco tiempo después de su terminación. Los socialistas gremiales jamás fueron capaces de imponer su programa a los patronos en la industria pesada, donde desplegaron sus mayores esfuerzos. El movimiento se desintegró sin dejar huellas en los primeros años de la década del veinte. En la década del sesenta, el movimiento sindical italiano (CGIL) trató de iniciar una versión revolucionaria de la misma estrategia. El contrato de los obreros metalúrgicos en 1962 fue tal vez el ejemplo más destacado de esta política. Hasta ahora los resultados

han sido decepcionantes. El equilibrio de fuerzas en toda empresa capitalista es tan desigual que —*sin intervención colateral del partido o el Estado*— ningún sindicato puede tener la esperanza de arrancar a los patronos grandes prerrogativas administrativas. Los pocos casos en que los sindicatos tienen importantes prerrogativas de control prueban lo siguiente: en casi todos los casos lo que les ha permitido hacerlo es el apoyo político del Estado. Frecuentemente esto ha ocurrido en industrias nacionalizadas, como los Ferrocarriles brasileños (hasta 1964) y las minas de estaño bolivianas (hasta 1965). El «control por intrusión» no es un mito. Pero solamente es posible cuando el sindicato recibe refuerzos poderosos que no proceden de la organización sindical.

La ocupación de fábricas. Esta es ostensiblemente la forma de acción más agresiva que se puede llevar a cabo en los centros de trabajo y se ha efectuado, ya sea por medio de la iniciativa sindical o sin ella. Recientemente hubo un intento de emplear la ocupación de fábricas como un medio para combinar las demandas económicas y constitucionales (sueldos y pensiones más elevados y terminación de las restricciones a la actividad política), que fue el *plan de lucha* de los sindicatos peronistas en Argentina en el verano de 1964. El plan fracasó después que

más de quinientos mil obreros habían invadido sus fábricas, atrapado rehenes, obstruido entradas, etc. El mismo destino tuvieron esencialmente las ocupaciones espontáneas, no sindicales, de fábricas en Francia durante el frente popular (en 1936 y nuevamente en 1938) y en Italia después de la primera guerra mundial, (en Turín, 1919-1929). Estos fueron movimientos auténticos y eminentemente revolucionarios, pero en todos los casos perdieron su ímpetu cuando se hizo evidente que no había un horizonte político al cual pudieran desembocar. Porque la ocupación de una fábrica no es más que un acto puramente *simbólico*; no es, en modo alguno, una captura de la fábrica. En ningún caso pudieron los obreros hacer funcionar la planta, y, de este modo, apoderarse efectivamente de ella. Esto es naturalmente imposible en la industria moderna, donde hace falta el capital circulante para mantener la marcha de una instalación industrial, sea cual fuere. En la práctica, la ocupación de fábricas no pasa de ser una forma dramática de demostrar públicamente su inconformidad [picketing]: la presencia de obreros aglomerados en el interior de la fábrica es una demostración simbólica de que la misma les pertenece a ellos, los productores, por derecho propio. Pero esa presencia no puede convertir en realidad este alegato. La ley básica del

sindicalismo, consiste en que no hay más fuerza que la fuerza de la ausencia, está subrayada por la excepción: ésta es una presencia intensa pero inoperante.

La huelga general. También la huelga general puede adoptar una forma reformista o revolucionaria. La que hubo en Gran Bretaña en 1926 fue un movimiento defensivo contra las reducciones de los salarios que es el objetivo reformista mínimo que se puede concebir. Fue guiada en un espíritu apenado, ultraconstitucional, y fue derrotada pronta y decisivamente. Las limitaciones del arma huelguística como una simple ausencia jamás se han ilustrado de una manera más gráfica: varios millones de hombres dejaban de asistir al trabajo, y todo lo que el consejo general pudo hacer con ellos fue que practicasen deportes —a veces con los policías que estaban encargados de reprimir la huelga.⁹ Nada podría estar en mayor contraste con este púdico episodio que el huracán revolucionario que azotó a Rusia en 1905, cuando una huelga general espontánea, sin previa organización, hizo erupción a todo lo largo y ancho del vasto imperio zarista, desde Varsovia hasta Chitá. Las condiciones históricas eran excepcionalmente favorables: la radio y el auto-

⁹ *The General Strike*, de Julian Symons, (Londres, 1957), ilustra perfectamente esta tragicomedia.

móvil no existían todavía, la magnitud del imperio daba a los ferrocarriles una singular importancia, de modo que se podía obtener una paralización completa una vez que los trabajadores gráficos y ferroviarios se lanzaran a la huelga. La propia maquinaria del Estado empezó a tambalearse a medida que los empleados del gobierno se unían con entusiasmo al movimiento. «No solamente habían dejado de funcionar las fábricas, sino las escuelas, los hospitales, los tribunales y las oficinas de los gobiernos locales. . . Los policías no tenían fuerza para intervenir, algunos llegaron a esconderse. . . en medio del estruendo y la furia de esta revuelta de las masas se había paralizado por completo el mecanismo de la vida urbana en Rusia». ¹⁰ Si ha habido algún momento en que una huelga general haya tenido probabilidad de conquistar la victoria revolucionaria, ese momento fue en 1905. Pero esta primera explosión fue desvaneciéndose a medida que el hambre y la desmoralización menoscababan la confianza del pueblo y regresaron al trabajo en octubre cuando se hizo evidente que había un atolladero estratégico. Los bolcheviques, precisamente al terminar la huelga, vieron que ésta debió ser sustituida por la insurrección armada, su opuesto dialéctico. Se hizo un esfuerzo heroico por tomar a Moscú, pero las unidades militares aplastaron la in-

tentona. La lección les sirvió para conquistar la victoria doce años después.

Se ha intentado utilizar la huelga general como un arma política económica. En combinación con formas de acción complementarias —motines, elecciones, insurrecciones, etc.— los sindicatos pueden indudablemente desempeñar un papel importante en una crisis política: un buen ejemplo de ello es el derrocamiento del régimen neocolonial de Youlou en el Congo Brazzaville en 1963. Pero confiar solamente en la huelga general como tal es algo que ha estado casi siempre condenado al fracaso. La razón fundamental es evidente: el *paro*, sea cual fuere el grado de solidez, no es lo mismo que una *sustitución* de un orden social por otro.

LA INVERSION DE FUNCIONES: PARTIDOS Y SINDICATOS

Las limitaciones del sindicalismo son, pues, radicales. Tradicionalmente, la teoría socialista ha insistido en que estas limitaciones deben ser superadas con la labor de un partido político. Lenin expuso este criterio cuando escribió (en el año 1900):

«Para los socialistas, la lucha económica sirve de base para la organiza-

¹⁰ *The Twilight of Imperial Russia*, de R. D. Charques, (Londres, 1968).

ción de los obreros en un partido revolucionario, para el refuerzo y el desarrollo de la lucha de clases contra todo el sistema capitalista. Pero si se considera la lucha económica suficiente por sí misma, entonces no hay en ella nada de socialista. En la experiencia de todos los países europeos hemos tenido muchos sindicatos, no solamente socialistas, sino también antisocialistas. Prestar asistencia en la lucha económica del proletariado es tarea del político burgués. La tarea de los socialistas es hacer que la lucha económica de los obreros ayude al movimiento socialista a contribuir al éxito del partido socialista revolucionario.»

Solamente un partido revolucionario, y no un sindicato, puede derrocar al capitalismo. En la actualidad ha tenido lugar un cambio en Inglaterra y en cierta medida en toda Europa occidental: las relaciones entre los sindicatos y los partidos, entre la lucha económica y política se han invertido empíricamente. Como ha escrito Tom Nairn:

«Los sindicatos son otra vez —después de un largo período en que el partido político ocupó el centro del escenario— la vanguardia en la lucha de la clase obrera, los portaestandartes cuya posición domina todo lo demás».¹¹

¿Cómo se ha producido esto? ¿Cuáles son las razones del actual eclipse del

partido político en todo el contexto socialista, y el resurgimiento de los sindicatos como vórtice principal del conflicto de clases? Es evidente que en Gran Bretaña hay una situación histórica especial que ha determinado la actual tentativa de deshacer la autonomía sindical: la crisis contemporánea del imperialismo británico, la tendencia a resolver la crisis a expensas de la clase obrera, la asimilación por parte del gobierno laborista de un papel abiertamente rompehuelgas.

Es probable, sin embargo, que el caso británico no sea más que el ejemplo más dramático de una tendencia general de los países capitalistas avanzados. Un partido político revolucionario es una superestructura artificial, contractual —una organización voluntaria creada contra la corriente de la sociedad. Sólo porque el partido no es inherente al sistema político y económico del capitalismo puede abolirlo decisivamente. Su estructura inicial se orienta hacia el futuro: ésta es la razón por la cual puede revolucionar a la sociedad en general. Pero lo contrario es igualmente cierto. Por ser más «artificial» y por no producirse y reproducirse automáticamente mediante las condiciones sociales, puede también ser totalmente asimilado por la sociedad, hasta el punto de desa-

¹¹ En «The Nature of the Labour Party» en *Towards Socialism*.

parecer como fuerza diferencial en todos los sentidos. Cuando la lucha política en una sociedad capitalista se ha convertido durante algún tiempo en la arena de la omnímoda victoria burguesa, como sucede actualmente en Gran Bretaña y Alemania Occidental —donde un «consenso» monolítico excluye la articulación de cualesquiera a opciones socialistas a nivel nacional—, los partidos tradicionales de la izquierda se convierten simplemente en agentes del status quo. Su degeneración es el reverso de su posibilidad para la transformación social. En cambio, los sindicatos no pueden lograr nunca tan alto nivel de acción como un partido político. Tampoco, por la misma razón, tienden a hundirse hasta llegar a su más bajo nivel: se funden *en bloque* con el sistema. Porque su función está enraizada en la organización del propio capitalismo: el mercado laboral. El resultado es que los sindicatos son cloroformados y suprimidos totalmente con menos facilidad que los partidos políticos, porque surgen espontáneamente del fundamento del sistema económico. Mientras existan clases —y ya no se discute que en occidente existen en la actualidad, tanto como existieron en el pasado—¹² habrá conflicto. Donde no haya articulación política de este conflicto, lo que habrá de subsistir será la forma más elemental: la lucha económica. Este último foco de la lu-

cha de clases es una perpetua anomalía para una sociedad que se dedica al mito de la armonía sin clases y la paz social. Todavía hoy, las huelgas son un escándalo para la ideología del sistema. Sin embargo, recientemente ha habido apremiantes exigencias económicas que han empezado a requerir la supresión práctica de las huelgas. Las demandas del neocapitalismo —la necesidad de controlar la inflación, de planificar las inversiones de capital a largo plazo, de incrementar los mercados de exportación— han conducido a un ataque político a la autonomía sindical en un buen número de naciones occidentales. Este ataque ha ido mucho más lejos en Gran Bretaña que en ningún otro país, y ahora el movimiento sindical británico se enfrenta al peligro más grave que ha tenido que afrontar durante toda su historia.

La campaña concertada para acabar con los sindicatos como fuerza independiente ratifica de un modo completamente decisivo el valor creador e insustituible de un movimiento socialista. Después de haber bosquejado las limitaciones externas de su acción, es necesario que expongamos ahora el valor y la eficacia específica de esta acción en su propio terreno. Entonces se hará evidente cuánto está en

¹² Para un examen decisivo de la evidencia, véase, de John Westergaard, «The Withering Away of Class —A Contemporary Myth» en *Towards Socialism*.

juego en la actual contienda entre los sindicatos y los gobiernos.¹³

1) Los sindicatos son incapaces hoy por hoy de aumentar sustancialmente la participación de los salarios en la renta nacional. Todas las investigaciones de los años recientes han puesto de manifiesto que la proporción que hay entre los salarios y las ganancias, rentas e intereses ha tenido la tendencia a permanecer constante por muchas décadas en Inglaterra y otros países capitalistas. Este hecho no es sorprendente: es una consecuencia necesaria de la estructura del poder en una sociedad capitalista, y sólo se puede cambiar cuando una revolución política echa abajo la estructura. Esto no quiere decir que la acción sindical es una labor ilusoria de Sísifo. Pero la presión de los salarios sindicales fuerzan el ascenso de la productividad, y de este modo, una participación constante en el producto nacional crea un nivel de vida más elevado para la clase obrera.¹⁴ Esta es la posición *mínima*, arduamente conquistada, de la oposición de la clase obrera en un sistema de explotación permanente y profunda. Esta posición es lo que ahora está amenazada. El intento de maniatar a los sindicatos es un esfuerzo por mantener un aumento neto en la participación de las ganancias en comparación con los salarios en la renta nacional, —y una caída relativa en los ingresos de la clase obrera. En Inglaterra, el gasto

excesivo de un sistema imperial caduco —militar, político y financiero— hace que ésta sea la opción política más atractiva para la clase dominante. La clase obrera inglesa sufrirá así una derrota y una regresión históricas si le son confiscadas sus organizaciones industriales.

¹³ Por supuesto, los sindicatos tienen que conservar su autonomía también bajo el socialismo. Sus derechos fueron *enfáticamente salvaguardados por Lenin* en su famoso debate contra Trotski y Bujarin, sobre esta cuestión, en el X Congreso del Partido, en 1921. Los sindicatos, recalcó él, deben estar libres de defender a los obreros, tanto contra los programas específicos del estado resultantes de los compromisos políticos entre los intereses de la clase obrera y el campesinado, como contra las arbitrariedades burocráticas en la implantación de los programas del Estado como tales. En términos teóricos, es axiomático que el socialismo no es una práctica monista, sino una unidad en la multiplicidad, tanto en el orden institucional como en la práctica. No obstante, la índole de los sindicatos en una sociedad socialista es tan diferente de la naturaleza de los mismos en una sociedad capitalista (Lenin los describió como «organizaciones educacionales, escuelas de administración, escuelas de dirección, escuelas de comunismo» que hemos omitido aquí la discusión de este importante problema. *Soviet Trade Unions*, de Isaac Deutscher (Londres, 1950), contiene un admirable análisis del gran debate sobre los sindicatos que tuvo lugar en Rusia durante los años veinte.

¹⁴ Esto no excluye las fases históricas en que la escasez de mano de obra y la competencia intercapitalista pueden tener el mismo efecto, aun donde el movimiento sindical está ahorrado. La economía de la Alemania nazi es un ejemplo. Pero a la larga, ha sido la presión de los sindicatos por la plena ocupación laboral lo que ha impedido la creación de constantes interrupciones en el crecimiento de la productividad.

2) Los sindicatos son armas de la lucha económica, que son absolutamente ineficaces para la acción política agresiva. Esto no quiere decir que no tengan significación política. Nada estaría más lejos de la verdad. La *identidad sociopolítica* de la clase obrera europea está, por encima de todo, encarnada en sus sindicatos. No se manifiesta como clase más que a través de sus instituciones colectivas, entre las cuales la más elemental es el sindicato. Fuera de estas instituciones históricas, la clase obrera tiene una identidad puramente inerte, impenetrable hasta para ella misma. Está separada del resto de la sociedad por sus ocupaciones, costumbres y cultura características, pero no es un grupo monolítico capaz de una acción política dada.¹⁵ Para esto, tiene que estar conciente de sí misma como clase —y no puede estarlo más que en las organizaciones que cree contra el sistema social en que está insertada. Cualquiera que sea el grado de colaboracionismo de los dirigentes sindicales, la misma existencia del sindicato afirma *de hecho* la irreductible *diferencia* entre el capital y el trabajo en una sociedad mercantil; entraña la negativa de la clase obrera a incorporarse al capitalismo en sus propios términos. De este modo los sindicatos producen en todas partes conciencia *de clase obrera*, o sea, la conciencia de la identidad separada del proletariado como fuerza so-

cial, con sus propios intereses aislados en la sociedad. Esto no es lo mismo que conciencia *socialista*— la visión y voluntad hegemónicas de crear un nuevo orden social, que sólo puede surgir por un partido revolucionario. Pero el uno es una etapa necesaria para llegar al otro. Aun en los sindicatos más apolíticos, hay una vasta evidencia empírica de esta misión política «preparatoria». En Gran Bretaña, la lealtad electoral de dos tercios de la clase obrera al Partido laborista se debe al hecho que se trata de miembros de los sindicatos más que a ningún otro factor aislado. Aquí los sindicatos *confiere[n] visiblemente* su identidad a la clase; el otro tercio de la clase obrera que vota por los conservadores no está sindicalizado en su inmensa mayoría, sin que haya diferencias importantes en *ningún otro* sentido sociológico. La lógica de esta vinculación tradicional es ahora evidentemente problemática, un hecho trascendental con posibles consecuencias políticas. Pero la propia vinculación demuestra la verdad de la explicación de Marx sobre las relaciones recíprocas entre la lucha industrial y la lucha política.

«El movimiento político de la clase obrera tiene naturalmente como objetivo final la conquista para sí del po-

¹⁵ Para una discusión del concepto del «grupo monolítico», véase, de André Gorz, «Sartre y Marx» en Pensamiento Crítico No. 5 (junio de 1967).

der político: para esto es naturalmente necesaria la previa organización de la clase obrera; una organización desarrollada hasta cierto grado, que surja de las propias fuerzas económicas... Un movimiento político surge en todas partes del movimiento económico particular de los obreros, es decir un movimiento de la clase por llegar a sus fines en una forma general, una forma que tiene fuerza compulsoria en un sentido social general. Si estos movimientos presuponen cierta organización previa, son a su vez igualmente un medio de desarrollar la organización».¹⁶

La identidad y retentiva de la clase obrera como fuerza autónoma está así en juego con la libertad del movimiento sindical. La amenaza de subordinar los sindicatos al Estado amenaza, en definitiva, con la extinción de la conciencia de la clase obrera como tal. Equivale a intentar la creación de un conjunto social totalmente coordinado y purgado —la integración monolítica de «la sociedad unidimensional» de Marcuse.¹⁷ Hay que hacerle frente si se quiere que el socialismo siga teniendo un futuro en Gran Bretaña.

EL FUTURO

Desde cualquier punto de vista socialista, el movimiento sindical está hoy muy lejos de ser perfecto. Pero es evidente que no puede ser renova-

do a menos que tenga la libertad inicial de existir. Dada esta circunstancia, ¿cuáles son los cambios que se necesitan en el carácter actual del sindicalismo británico?

1) *La militancia industrial.* La mayoría de los sindicatos británicos son actualmente anticuados y burocráticos. No gozan de la absoluta confianza de sus miembros. Es notoria la participación mínima en las elecciones sindicales —el único medio formal de que pueden disponer los miembros para ejercer control sobre los funcionarios—, y el carácter de-rechista y la calidad mediocre de muchos dirigentes sindicales es, a la vez, causa y efecto de esta situación. No es simplemente el caso de que haya una fatal «ley férrea de oligarquía» que produce inevitablemente una burocracia sindical autoritaria, sin responsabilidad sobre las necesidades de sus miembros. Esta noción es meramente lo que Alvin Gouldner llama «el rasgo metafísico de la burocracia».¹⁸ No hay ninguna razón por la

¹⁶ Carta a Bolte, 1870. Para una buena explicación del criterio de Marx acerca de los sindicatos, véase, de A. Lozovski, *Marx and the Unions* (Londres, 1935).

¹⁷ En *One —Dimensional Man* (Londres, 1965). Véase también el ensayo de Marcuse «Industrialization and Capitalism» en *New Left Review*, 30, (marzo-abril de 1965).

¹⁸ «The Metaphysical Paths of Bureaucracy» en *Complex Organizations*, de Alvin Gouldner, editado por Amitai Etzioni (Estados Unidos, 1964).

cual los sindicatos, por grandes que sean, no puedan lograr participación en la democracia: el hecho que dejen de hacerlo normalmente no se debe atribuir a las necesidades ciegas de la organización en grande, sino al medio ambiente político en que trabajan. Dicho de otro modo, la carencia de democracia en los sindicatos se debe interpretar en términos de la naturaleza del sistema en que están insertados, o sea, el *capitalismo*.

Porque es una regla en una sociedad capitalista que toda institución o reforma creada *para* o *por* la clase obrera pueda convertirse, *por esa misma razón*, en un arma *contra* ella, y existe además la regla de que la clase dominante ejerce una constante presión hacia este fin. Aquí hay una reversibilidad [reversibility] social permanente. El motivo es que todo intento de hacer avanzar la causa de la clase obrera hacia la conquista del poder político *para* sí, tiene que entrañar una conquista preliminar del poder *sobre* ella, en forma de organización colectiva, ya tenga un carácter de cooperación sindicalista o de partido político. La sindicalización —o politización— de la clase obrera requiere la creación de instituciones que en determinado momento sean su *control*, como una necesidad de toda acción disciplinada. Desde luego, en otros momentos son también por ese hecho una *liberación* de la clase. La clase obrera es concre-

tamente libre sólo cuando puede pelear contra el sistema que la explota u oprime.¹⁹ Esto puede hacerlo solamente en sus instituciones colectivas: su unidad es su fuerza y, por ende, su libertad. Pero precisamente porque su unidad requiere una organización disciplinada, el objetivo principal del capitalismo consiste en apropiársela para la estabilización del sistema. Entonces puede volverse contra los mismos propósitos para los cuales fue creada. Esta ambigüedad —*poder para y poder sobre*— es lo que hace que las instituciones de la clase obrera sean las mejores de todas las armas contra la clase obrera. Así, muchos de los actuales sindicatos británicos, precisamente por carecer de democracia, están al servicio de la función objetiva que subordina la clase obrera al capitalismo. Los dirigentes sindicales que simbolizan este mecanicismo, con sus grotescos títulos de nobleza, son demasiado conocidos para que tengamos que discutirlos aquí. Las direcciones actúan simplemente como poleas de transmisión del capitalismo dentro del proletariado. Pero, al mismo tiempo, a causa de la naturaleza paradójica del sindicalismo —un componente del capitalismo que por su naturaleza lo es también antagónico—, ni siquiera los

¹⁹ Para una discusión de este problema véase, de J. P. Sartre, «Los comunistas y la paz» en *Situations*, (París, 1954). Existe una versión española.

peores sindicatos suelen ser *meras* organizaciones de adaptación a la situación imperante. Si lo fueran, a la larga perderían sus miembros por no obtener ventajas económicas. Sería, pues, incorrecto describir a los sindicatos derechistas, en el sentido clásico de la frase, como «extintores del fuego revolucionario». Realizan una doble función, ahorrarse sus miembros al sistema y, a la vez, obtener beneficios limitados dentro del mismo. En Gran Bretaña, aproximadamente la mitad de los aumentos de salario real en cualquier año se obtiene por medio de negociaciones a nivel nacional.

Ya dicho esto, hay que decir también que la otra mitad de los aumentos obtenidos anualmente en los salarios no se logra por los aparatos sindicales nacionales, sino por la militancia local contra la administración de las fábricas, que normalmente sobrepasan las líneas de demarcación sindicales desafiando abiertamente a la prohibición sindical. El noventa por ciento de todas las huelgas en Gran Bretaña carece actualmente de carácter oficial. El enorme aumento de la función de los representantes obreros ante la administración de las fábricas es un producto inevitable de la falta de democracia y responsabilidad de los principales sindicatos. Porque en una sociedad capitalista el conflicto de clases *no puede ser* suprimido totalmente: surge naturalmente

del funcionamiento del sistema. En la medida en que la función sindical no es realizada por las direcciones de los sindicatos, la contradicción entre el capital y el trabajo va *descendiendo* en jerarquía hasta llegar al nivel de la planta o al interior de la fábrica, y es «usurpada» por el representante obrero ante la administración. La represión burocrática en el sindicato —una consecuencia de su captura desde arriba por el medio ambiente capitalista—, tiende a conducir a una rebelión desde abajo que actúa como un restablecimiento de la situación anterior, la situación *natural* de la lucha inherente a la organización capitalista de la industria. El reciente desarrollo y militancia de la representación obrera es un signo de esta invencible presión. Todo socialista tiene que aceptar gustosamente este desarrollo y defender la libertad de acción de las representaciones obreras. Las numerosas persecuciones de que se les hace víctimas no hacen más que evidenciar la efectividad de su reto al sistema capitalista y sus intermediarios en el movimiento sindical. Pero es erróneo contraponerlas a los sindicatos como tales. Lo que demuestran es que la lucha por sindicatos más militantes es, además, a la larga, una lucha por el incremento de la democracia sindical. De inmediato, por supuesto, los miembros de los sindicatos suelen ser menos «políticos» aún que sus dirigentes, y la democratiza-

ción podría conducir a pérdidas locales en la izquierda. Pero este bajo nivel de conciencia política es precisamente una consecuencia del *tipo* de dirección sindical que suele existir hoy —mediocre, autoritaria y conformista. Una mayor libertad de discusión dentro del movimiento sindical tiene que crear una clase obrera más confiada en sí misma, y con ello sólo podría beneficiarse a la larga la izquierda militante. Porque es evidente que la militancia es industrialmente más eficaz que la colaboración de clases para el logro de aumentos salariales. Por consiguiente, la izquierda tiene que llevar la ventaja en la competencia libre y abierta.

Luego, la lucha económica, que ha sido el propósito tradicional del sindicalismo, debe tener hoy su complemento en la lucha por recuperar los sindicatos para sus miembros. Una es requisito de la otra. La lucha por un sindicato más democrático y militante es una pelea contra la penetración y dominación capitalista en el movimiento sindical.

2) *La lógica política.* Los sindicatos han negociado históricamente por la obtención de mejores condiciones para la venta de fuerza de trabajo; no han podido desafiar la propia existencia del mercado laboral. Hoy, sin embargo, han cambiado las relaciones entre la lucha «política» y la «económica». El surgimiento de una ten-

dencia estatal a imponer una política de ingresos centralizados es una de las características distintivas del capitalismo contemporáneo. Esto ha tenido como consecuencia la posibilidad de una agregación de las cuestiones y disputas locales a una lucha *nacional* sobre la distribución del superávit económico nacional. Una política de ingresos hace del capitalismo un sistema potencialmente transparente en un sentido en que jamás lo fue anteriormente. La distribución neta del superávit entre salarios y ganancias se hace mucho más visible e inequívoca. En este sentido, la propia discusión de los salarios puede convertirse en un proceso por la abolición de la «esclavitud asalariada». Así se hace posible ahora una lucha global por el superávit, en lugar de una dispersión de demandas locales y aisladas.²⁰ Esto es una realidad en Inglaterra, más aún que en ninguna otra parte. Porque toda nuestra situación histórica está dominada actualmente por el esfuerzo que hace el gobierno laborista por aplastar las demandas *económicas* de los sindicatos con el propósito de sufragar los gastos de una opción política —el mantenimiento del sistema militar y financiero del imperialismo británico: la presencia al este de Suez, la exportación de capital, el prestigio de la li-

²⁰ Esta tesis se desarrolla en «*The New Capitalism*», de Robin Blackburn, en *Towards Socialism*.

bra esterlina. Los sindicatos no pueden enfrentarse a este ataque si no es rechazando los programas *políticos* del gobierno y luchando por *programas socialistas*, que son los que se les oponen diametralmente. La lucha sindical es ahora, necesariamente, una lucha política. Las dos no pueden seguir estando disociadas, ni siquiera temporalmente.

¿Quiere esto decir que los sindicatos pueden o deben ahora, pese a todo lo que hemos dicho anteriormente, actuar como agencias políticas? No. Su eficacia radica en otro lugar. El nuevo factor es que sus demandas económicas tradicionales tienen ahora una dimensión política *inmediata*, de grado o por fuerza. Es la «lógica» de su lucha industrial. Pero esta lógica se puede proseguir con éxito solamente por medio de un partido político. Las implicaciones de esto tienen hoy un carácter fundamental. La ma-

yoría de los sindicalistas británicos están afiliados al Partido laborista, el mismo partido que ahora intenta bloquear su acción y deshacer su autonomía. ¿Puede esta inmensa contradicción continuar indefinidamente? ¿Hasta cuándo seguirán los sindicatos apoyando a su verdugo? Solamente el futuro podrá decirlo. Pero si el Partido laborista persiste en seguir por el camino que lleva, está claro que finalmente ha de llegar el día de ajustar cuentas. Entonces se replanteará toda la cuestión de la lealtad política del movimiento sindical. ¿Optará éste por un sindicalismo «negociador», sin partido? ¿Transferirá su lealtad? ¿Patrocinará nuevas instituciones políticas, como patrocinó una vez al Partido laborista? Estas cuestiones invaden toda el horizonte, esperando precisamente detrás de cada disputa, en la Gran Bretaña de los salarios congelados.

108.066